

IL MESTIERE DI TRADURRE 3:
CARLOS GUMPERT

Al traductor Carlos Gumpert le debemos algunas de las traducciones de los escritores italianos de mayor éxito de las últimas décadas, como es el caso, por citar tan solo unos pocos, de Alessandro Baricco (*Océano mar*, Anagrama, 2002), Erri de Luca (*El contrario de uno*, Siruela, 2005) o al ya desaparecido Antonio Tabucchi, con quien mantuvo una estrecha relación que reflejó en el interesantísimo libro *Conversaciones con Antonio Tabucchi* (Anagrama, 1995).

Traductor también de autores fundamentales, aunque tal vez menos conocidos entre el público español, como Giorgio Manganelli (*La ciénaga definitiva*, Siruela, 2002), Goffredo Parise (*Silabario*, Alfaguara, 2002) o Ugo Ricciarelli (*El dolor perfecto*, Maeva, 2007), su intensa relación con las letras italianas nos ha llevado a plantearle algunas cuestiones relacionadas con la presencia de esta interesante literatura en nuestro país.

Por Juan José Tejero y Juan Pérez Andrés

Desde hace unos pocos años, gracias a pequeñas editoriales independientes como Errata Naturae (que ha publicado a Luciano Bianciardi y Ennio Flaiano), Periférica (con Ugo Cornia, Gianni Celati o Michele Monina) o la más reciente Sajalín (donde ha visto por fin la luz *El partisano Johnny* de Beppe Fenoglio) se han podido llenar algunos huecos imperdonables en las traducciones italianas en España. ¿No queda espacio en las grandes editoriales para el riesgo?

La labor que han realizado en los últimos años esas pequeñas editoriales que ustedes citan es impagable y no solo respecto a la literatura italiana, pero creo que tampoco hay que caer en el error de minusvalorar el interés que las editoriales medias siempre han demostrado por lo que se escribe en el país transalpino, con Anagrama a la cabeza, aunque también hay que mencionar a Siruela, Alfaguara, Tusquets, Lumen, etc. Es cierto, claro está, que la crisis (y no solo la general, la industria editorial arrastra sus propios problemas de modelo de negocio, como sabemos) ha provocado que se vuelvan más cautos y en ese sentido, como ustedes dicen, procuren correr menos “riesgos”, pero no percibo una ausencia de atención hacia la literatura italiana, como no podría ser de otra manera, pues es una de las grandes literaturas europeas. Otra cosa son las grandes editoriales o las absorbidas en grandes grupos, que desde luego no son modélicas en cuanto a riesgos, pero para ser sinceros, diría que ese es el menor de sus problemas, en cuanto a identidad editorial.

Con todo ello, ¿cree que la literatura italiana está bien representada en España?

En términos cuantitativos, desde luego, pues tradicionalmente siempre ha sido la tercera más traducida, tras el inglés y el francés (en 2011, el último año del que tengo datos, fue superada por primera vez por la literatura alemana). En términos cualitativos, habría mucho que matizar, pero considero que la situación de la literatura italiana no es muy distinta a la de otras literaturas, cuyos autores más comerciales se venden mucho y

cuyos autores de mayor exigencia (y sus valerosos y “arriesgados” editores) sufren para encontrar hueco en el mercado y en la atención de los lectores.

¿Qué nombres considera que no están lo suficientemente presentes en castellano? ¿Hay, según usted, algún olvido imperdonable?

Aparte de los clásicos, de los que hablaremos más tarde, yo diría que la cuestión no es tanto de atención editorial como de recepción lectora. Hoy en día el circuito de información internacional está tan bien engrasado que es raro que haya perlas ocultas más allá de alguna excepción. El verdadero problema, que no atañe solo a la literatura italiana, es otro: la debilidad del sistema socio-literario-editorial de nuestro país. En Italia les gusta hablar de los “lectores fuertes”, es decir, del “núcleo duro” de lectores exigentes amantes de la buena literatura e imprescindibles motores de su supervivencia, dado que los lectores ocasionales, de Moccia o de quien sea, son flores de uno o varios días, no de toda la vida, siguiendo con la paráfrasis de Brecht. Pues bien, en España esos lectores fuertes son un núcleo reducidísimo, impropio de un país de nuestro nivel económico y de nuestro pasado y presente cultural. Analizar las razones de esta situación desborda los límites de esta entrevista (tradicional desdén hispánico por la cultura, lastres educativos, etc.), pero el caso es que cualquiera que haya viajado un poco ha podido envidiar la fortaleza de librerías de fondo, suplementos culturales y hasta presencia de la literatura y la cultura en la televisión, en los países de nuestro entorno.

Dicho todo esto, personalmente, quiero citar unos cuantos ejemplos de autores italianos recientes, aunque de distintos momentos y alcance, unidos por la indiferencia lectora entre nosotros: creo que la gigantesca figura de Carlo Emilio Gadda no goza del predicamento debido, por mencionar un clásico del siglo XX y, ya en clave más reciente, es desolador comprobar que libros que unen a su valor literario una riqueza de niveles que podía haber llegado a muchos lectores, como *Silabarios* de Goffredo Parise, uno de los mejores títulos de la segunda mitad del siglo XX o ya en el presente siglo o casi, *Un hombre que acaso se llamaba Schulz* o *El dolor perfecto*, de Ugo Riccarelli han pasado sin pena ni gloria por las librerías españolas, y conste que no solo son traducciones mías sino propuestas que hice en su momento a editores que las aceptaron sin pestañear (no era difícil, dado su calidad) y que vieron cómo se les acumulaba el polvo en sus almacenes, con lo que mi desolación es doble.

En términos generales se tiene la falsa impresión de que durante la última década la literatura italiana ha llegado tan solo a nosotros en forma de *best-seller* (Moccia, Saviano) o dentro del marco general que ha supuesto el auge de la novela negra en ambos países (Camilleri, Constantini, Vichi, Malvaldi...). ¿Queda suficiente espacio en el mercado para la llamada *alta literatura*?

Como ya he dicho, creo yo también que es una falsa impresión, y que la literatura de calidad sigue teniendo hueco. El problema, insisto, es de recepción lectora y crítica y también, claro está, de miopía y mimesis editorial, pues no están libres de pecado los editores: por poner un ejemplo evidente, estoy convencido de que en los países escandinavos habrá autores que no escriban novela policiaca, pero buena parte de nuestros editores están empeñados en ocultárnoslo para explotar hasta el límite la gallina de los huevos de oro, aunque sea oro negro.

En este sentido, y dado que muchos de los best-sellers italianos vienen acompañados de una adaptación cinematográfica, ¿podemos colegir que para que un libro venda tiene que ir ligado a una película o a un género específico? ¿Vamos encaminados, viendo la cada vez mayor omnipresencia de grandes editoriales europeas que gestionan los derechos de autor, a un empobrecimiento de la oferta cultural?

Evidentemente, ese empobrecimiento cultural que mencionan es un fenómeno general, pero en países de mayor tradición cultural y lectora (y que quizá en consonancia, han resistido mejor a la crisis) ese núcleo duro permite albergar esperanzas. En España, la despiadada dureza del empobrecimiento económico de las clases medias se une a una ya inveterada debilidad cultural (insisto, quizá muy relacionadas entre sí) para dibujar un panorama bastante más desolador. Dicho esto, está claro que la relación entre los best-sellers y el cine es una pescadilla que se muerde la cola, y los italianos (Moccia, Giordano, Tamaro) no son una excepción; pero intentemos ver las cosas por su lado positivo: la versión cinematográfica de *Caos Calmo* protagonizado por Nanni Moretti permitió que Sandro Veronesi lograra cierta popularidad.

Se tiene también la sensación de que a la relativamente caótica y cambiante oferta editorial se suma desde hace tiempo la dificultad de situar a los autores traducidos dentro de grupos o movimientos reconocibles. En su opinión, ¿es posible rastrear algún eje vertebrador en la literatura italiana actual que pueda servir al lector español como hilo conductor provisional?

Creo que no o al menos a mí no me consta, pero no cabe duda de que se trata de filones que permiten al lector orientarse o al menos que los departamentos de márketing se lo hagan creer. El último que recuerdo en la literatura italiana fue el de los “Jóvenes caníbales” y al menos nos ha dejado el nombre de Niccolò Ammaniti, una de cuyas últimas novelas ha dado pie, por cierto, a una memorable adaptación cinematográfica de Bernardo Bertolucci.

Por otro lado, en términos generales, ni la poesía ni el teatro italianos parecen muy bien tratados. De hecho, la traducción de poesía (salvo excepciones como Grasso en *Huerga y Fierro*, Merini en *Vaso roto* o Magrelli y Caproni en *Pre-textos*, por citar unos pocos) parece haberse quedado estancada en los herméticos, mientras que difícilmente se puede encontrar teatro italiano posterior a Pirandello, a excepción de Fo. ¿Falta de interés? ¿Dificultad?

Tampoco en este caso veo anomalía específica de la literatura italiana. La poesía y el teatro son desde luego, más difíciles de traducir, o al menos presentan dificultades propias, y sufren más para encontrar su público. Pero lo mismo, creo cabe decir de cualquier otra literatura o de la propia producción poética y teatral en castellano, de no fácil localización y muy afectada por la crisis.

Como hemos tenido ocasión de leer en una entrevista suya reciente (en concreto, en *Nazione Indiana*), estos vacíos son especialmente notables cuando nos referimos a los clásicos. Un ejemplo es que hasta no hace mucho, en concreto hasta la premiada traducción del *Orlando furioso* hecha por J.

M^a Micó, la única traducción del texto de Ariosto que se podía encontrar con facilidad era la de Jerónimo de Urrea, de mediados del siglo XVI. ¿Qué piensa al respecto?

Considero que el desinterés por los clásicos es una señal más de la debilidad del sistema socio editorial español, pero aquí sí detecto unas especiales carencias de la literatura italiana. Salvo el caso de Dante, que cuenta con varias traducciones de mérito, ya la situación de Petrarca y Boccaccio es distinta, y estamos hablando de auténticos gigantes. De Ariosto, ya lo han dicho ustedes todo, y tampoco Goldoni, Manzoni o Verga (por seguir en las cumbres de una literatura que es cierto que tiene en la Edad Media y en el siglo XX sus épocas doradas, todo hay que decirlo) están excesivamente bien traducidos, creo. Hasta Pirandello, es decir, ya el siglo XX, no se normaliza la situación, aunque Nievo haya sido recientemente traducido. Además, las traducciones que hay están en muchos casos relegados a colecciones universitarias como las de Cátedra.

¿Cree, por otro lado, que es suficiente la atención que prestan los medios de difusión cultural a la literatura italiana?

Creo que sí, que la atención crítica hacia la literatura italiana, dentro de los límites consentidos por la colonización cultural anglosajona que padecemos, es razonable y se mantiene en el tiempo. Otra cosa es el nivel de la crítica en nuestro país, que es otro cantar y que considero manifiestamente mejorable y otro síntoma más de esa debilidad estructural que nos aqueja. Naturalmente, estamos hablando de medios escritos y radiofónicos, porque la posibilidad de programas televisivos culturales con cierta resonancia como en otros países (y pienso en los de Corrado Augias en la RAI u otros semejantes) son aquí utópicos.

En *Zibaldone. Estudios italianos* aún recordamos las sentidas palabras que escribió tras la muerte de Antonio Tabucchi. ¿Es usual ese nivel de relación con los escritores que está traduciendo?

No, no. Tengo amistad con algunos de los autores que traduzco y en general mantengo una buena relación con ellos, cuando la tengo, porque no siempre se da, pero cuando ocurre, mi experiencia me dice que los autores italianos se muestran muy colaborativos para resolver dudas y están muy agradecidos a los traductores que les prestan voz para ser conocidos en un idioma que consideran muy importante y, por qué no decirlo, por el que sienten simpatía, la misma que sentimos nosotros quizá por esa lengua siamesa, como dijo García Márquez.

El caso de Tabucchi es muy especial, porque con él nació todo, como explicaré un poco más abajo y porque mantuvimos una muy estrecha relación de amistad, algo paterno-filial, todo hay que decirlo, con todo lo que conlleva, durante casi treinta años. Además, siguiendo en eso el cauce natural del traductor que es forzosamente un excelente conocedor de los escritores a los que traduce, he escrito mucho sobre él, empezando por nuestro libro de Conversaciones. Con todo, creo que aquel artículo lo escribí desde el punto de vista del lector apasionado que era ya cuando lo conocí y nunca dejé de ser de su obra, y de la sensación de orfandad que como tal me dejó su temprana desaparición.

No con todos los autores ocurre lo mismo, claro está, porque aunque yo he tenido la suerte de traducir muchas obras estimables, como profesional tengo que aceptar lo que me encargan, que no siempre es lo que yo elegiría como lector.

Por lo demás, siguen siendo muy pocas las editoriales que mencionan al traductor en la portada, ¿qué opina de la escasa trascendencia que tiene la labor del traductor?

Parece que ustedes tienen la intención de que esta entrevista no finalice nunca... El tema que plantean daría para una entrevista monográfica... Fuera de bromas, y por plantear una provocación fácil de entender, yo creo y sostengo en cuanto tengo ocasión, que el más claro piloto de esa debilidad del mercado editorial español es precisamente el poco mimo que se otorga a los traductores, piezas fundamentales no ya para la salud del sistema sino para su misma constitución más allá del localismo. Es cierto que los traductores se quejan en todos los países de sus condiciones, pero creo que en ninguno se les condena como aquí a fuerza de indiferencia cuando no de hostilidad a una vocación tan desafortunada que resulta impropia, pues desde luego no será por dinero, ni por reconocimiento ni de la crítica ni del público ni de buena parte de los editores. Personalmente, no es que me queje demasiado, entre otras cosas porque siempre he tenido otro trabajo que me ha permitido cierta independencia, pero como miembro activo de la ACETT, la asociación de traductores, creo reflejar la percepción mayoritaria del sector. Así nos va, y no solo a nosotros. Cuando quieran profundizar en este tema, le dedicamos una entrevista.

En su caso, ¿cómo llega a la traducción?

Por una conjunción de casualidades típicamente tabucchiana que me gusta mucho evocar. Yo no tenía nada que ver ni con la traducción ni con el italiano (soy de orígenes y de formación alemanes) pero al acabar mis estudios de Filología Hispánica me fui como lector a la universidad de Pisa, donde era catedrática de portugués la mujer de Tabucchi y otra profesora española revisaba sus traducciones al castellano. Mujer muy sabia como era y es esta última, y dado que llevaba entonces ya varias décadas en Italia y creía que nuestro castellano estaba más fresco, no dudó cuando nos conoció un poco a mi compañero de lectorado y a mí en pasarnos el testigo. Corregimos un par de libros y Tabucchi, agradecido, nos invitó a su casa a tomar un café... que en realidad resultó ser un oportuno buenísimo que nos liberó de nuestra timidez y a él le hizo venir la peregrina idea de que su siguiente obra la tradujéramos directamente nosotros, pese a nuestra juventud e inexperiencia. Fueron un par de pequeños equívocos sin importancia que supusieron el arranque de una carrera de traductores de italiano que tanto para mí como para mi compañero Xavier González Rovira, al principio en pareja y luego cada uno por su lado, ha sido larga y, cuando nos tomamos un par de copas de oportu, hasta consideramos fructífera.

Viendo en perspectiva su larga trayectoria como traductor, ¿cuál ha sido su mayor reto y su mayor satisfacción?

La mayor satisfacción ha sido sin duda la de poder traducir, en varios casos de manera continuada a algunos de los autores más interesantes de la literatura italiana de los últimos años. El caso de Tabucchi es aparte, por todas sus peculiaridades, pero sin duda es un orgullo ser la voz española de Giorgio Manganelli, de Ugo Riccarelli, de Erri de Luca, de Giorgio Todde o de Simonetta Agnello, así como de tantos otros autores que he traducido más esporádicamente, pero cuyas obras admiro, como Mario Fortunato, Goffredo Parise, etc.

En cuanto a retos, si bien cualquier traducción lo es, por esencia, pues no lo hay mayor que trasvasar una obra literaria de una lengua a otra, e insisto, dejando aparte el caso de Tabucchi, los mayores han sido traducir algunas obras de Italo Calvino, de ímproba dificultades bajo su apariencia meridiana y uno de mis autores de cabecera, y quizá más aún, desde el punto de vista del reto técnico, traducir a un autor tan intraducible como Giorgio Manganelli. Las horas pasadas recreando el italiano inventado de Manganelli en un castellano que siguiera sus hormas se cuentan entre las más difíciles y satisfactorias de mi carrera. Por cierto que, aunque yo creo en la invisibilidad del traductor como virtud, en este caso considero que era obligada una mención a mi trabajo que con honrosas excepciones (las de Alejandro Gándara y Félix de Azúa son insoslayables) la crítica prefirió omitir.

Con todo y para cerrar esta conversación, creo que la mayor satisfacción del traductor (y no solo en mi caso, estoy convencido, pero hablaré por mí mismo) es saber que tu humilde y compleja tarea sirve para que los lectores accedan a unas obras y a unos mundos que de otro modo les estarían vedados. Aunque solo algunos sientan hacia ti una parte del agradecimiento que tú como lector sientes hacia todos los que a su vez te posibilitaron a ti tantas horas de lectura, te das por más que pagado.